

FERNANDO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

EL BULLDOZER NEGRO DEL GENERAL FRANCO

HISTORIA DE ESPAÑA EN EL SIGLO XX
PARA LA PRIMERA GENERACIÓN DEL XXI

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Un prólogo para saltarse y volver más tarde</i>	11
<i>A modo de instrucciones</i>	15
1. Vísperas (1917-1929)	17
1.1 Mundos que se hunden, realidades que emergen	17
<i>La guerra, partera de un mundo en cambio</i>	21
<i>El fantasma que vino del este</i>	24
<i>Los años 20, felices según para quién</i>	27
1.2 España: cambios, inercias y resistencias	30
❖ EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES:	
¿Desastre? ¿Qué desastre?	35
<i>1917, el año crítico</i>	38
<i>Un cirujano de hierro con los pies de barro</i>	40
2. La Segunda República, una tentativa de modernización (1931-1936)	43
2.1. Años borrascosos (1919-1939)	43
<i>La glaciación en el este</i>	48
2.2. La Segunda República, una encrucijada en un largo proceso histórico	51
❖ EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES:	
La voluntad reconciliadora de Alfonso XIII	51
<i>Un país por construir</i>	54
<i>Acción, reacción, contrarrevolución</i>	58

	<i>Ruta al infierno</i>	62
◇ ?	EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES: La «insostenible violencia» bajo la República y la amenaza del «peligro rojo»	64
3.	La encrucijada del siglo: la guerra civil (1936-1939)	67
3.1.	Una dramática partida de cartas jugada sobre el tapete de España	67
3.2.	El acontecimiento definitorio del corto siglo XX español	70
	<i>Los porqués de la guerra</i>	71
◇ ?	EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES: La genialidad militar del Caudillo	75
	<i>Dos territorios, dos sociedades, dos estados</i>	76
◇ ?	EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES: El «empate sangriento»	79
	<i>La proyección internacional y las consecuencias de la guerra</i>	86
	<i>Un balance atroz</i>	89
4.	El primer franquismo (1939-1959).	91
4.1.	Otra vez la guerra mundial	91
	<i>Un mundo destruido y dividido</i>	98
◇ ?	EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES: El día en que Franco sacó de quicio a Hitler	101
4.2.	La instauración de la dictadura franquista	105
	<i>Los puntales de la dictadura: el ejército, el estado y el partido único</i>	108
◇ ?	EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES: El franquismo no fue una dictadura fascista	111
	<i>Una oposición dispersa, dividida y machacada</i>	113
	<i>Una economía aislada: la autarquía (1939-1959)</i>	119

<p>◇ EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES: Franco, el autor del «milagro económico español» . . .</p>	120
<p><i>Cifras contra mitos</i></p>	122
<p>◇ EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES: Franco pudo meter la pata, pero nunca la mano</p>	126
<p>5. El segundo franquismo (1959-1975)</p>	129
<p>5.1. El mundo occidental</p>	130
<p>5.2 La época dorada: del amigo americano a los planes de desarrollo (1959-1973)</p>	136
<p>◇ EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES: Franco, creador del estado asistencial</p>	142
<p><i>La oposición a la dictadura (1956-1975)</i></p>	144
<p>◇ EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES: La paz del franquismo</p>	152
<p><i>Los baluartes de la dictadura: policía política, extremistas, ejército</i></p>	154
<p>6. La transición (1975-1982)</p>	157
<p>6.1 Crisis y neoconservadurismo</p>	157
<p>6.2 España en transición</p>	162
<p><i>El primer gobierno postmortem de la dictadura</i></p>	164
<p>◇ EL RINCÓN DE LOS LUGARES COMUNES: La pacífica transición</p>	168
<p><i>En tránsito</i></p>	170
<p><i>Epílogo para docentes, estudiantes o curiosos en general</i></p>	179
<p><i>Para saber más</i></p>	201
<p><i>Índice alfabético</i></p>	205

UN PRÓLOGO PARA SALTARSE Y VOLVER MÁS TARDE

En septiembre de 2015, casi cuatrocientos mil estudiantes españoles concluyeron sus estudios de educación secundaria. Antes que ellos, en torno a medio millón más, según las estadísticas del Ministerio de Educación, abandonaron la escolarización obligatoria de manera temprana. En el tránsito al bachillerato se orillaron otra quinta parte de los graduados en ESO. Dentro de un año o dos, por término medio, todos ellos adquirirán la plenitud de derechos y obligaciones y se incorporarán a la vida política de su país. Cuando culmine el intervalo entre dos convocatorias electorales ordinarias, dos millones y cuarto de nuevos ciudadanos serán llamados a elegir a sus representantes para que tomen decisiones que afectarán a sus vidas, afrontando problemas cuyas raíces se hunden en procesos de la historia reciente sobre los que apenas habrán recibido formación escolar alguna. Desde comienzos del siglo XXI, habrán sido entre ocho o nueve millones quienes hayan hecho este recorrido, quizás más si tenemos en cuenta las elevadas tasas de abandono escolar prematuro hasta el estallido de la crisis en 2008. Por añadidura, es probable que más de la mitad de los que aún permanecen dentro del sistema educativo reciban apenas una información superficial, lineal o inexplicablemente menguada sobre episodios fundamentales como la Segunda República o la guerra civil española. Y prácticamente ninguna sobre la dictadura franquista o la transición.

El resultado de lo anterior adquiere los rasgos de un déficit democrático que debería preocupar socialmente. ¿No sería cuestionable una formación profesional que, después de años de aprendizaje y costosa inversión en recursos, arrojase al alumnado formado en ella al mercado laboral con un absoluto desconocimiento de las herramientas esenciales para desenvolverse en su oficio? ¿Por qué lo que es malo para la empleabilidad —por utilizar el argot de la mercadocracia— no lo es para el ejercicio de la ciudadanía? ¿Cómo se pretende subsanar el cacareado desapego por las instituciones de las nuevas generaciones y procurar que valoren el esfuerzo colectivo llevado a cabo por las precedentes en la consecución de un sistema de libertades, si se les hurtan las dificultades que estas debieron vencer en virtud de un relato en el que la democracia resulta poco más que un bien otorgado o el fruto de un pacto entre notables?

Que el animal político ceda definitivamente el lugar al homo oeconomicus es una vieja aspiración de quienes administran el orden de las cosas, para lo cual nada mejor que, en nombre de un porvenir armónico, obviar el conocimiento del pasado conflictivo que nos ha varado en el lugar donde ahora estamos. El estudiante que emprende la navegación por el archipiélago de la contemporaneidad lo hace, a falta de mapas precisos, auxiliado por orientaciones subjetivas, señales estridentes e indicaciones parciales. En el mejor de los casos, se espera de él que acumule conocimiento factual a lo largo de un intenso proceso de adiestramiento orientado a la superación de una prueba final establecida a modo de rito de paso o estándar de logro. Lo aprendido de esta forma, una vez rentabilizado, se olvidará a mayor velocidad de la empleada en retener sus contenidos. Quedará un légamo residual, un relato erosionado de mayor o menor espesor del que se derivará una lectura acomodaticia del devenir histórico, funcional y efectiva a fuerza de simple; un collage de lugares comunes, anécdotas, informaciones fragmentadas, datos aislados y anacronismos que se adaptan a la mentalidad de cada cual como el agua a los recipientes.

La aceleración del tiempo, la quiebra de los mecanismos de transmisión de la experiencia entre generaciones, la devaluación por abuso del concepto de lo histórico —ahora, todo acontecimiento singular lo es «del siglo», ya sea una cumbre entre líderes mundiales, un partido de fútbol o una boda real— ha convertido a la historia reciente en un menú en el que cada consumidor elige su combinación favorita. En el relato social de curso vulgar, las referencias al pasado inmediato carecen de estructura sólida, se guían por la autopercepción familiar, por los ecos de los medios de comunicación de masas, por los retales reciclados de viejas conversaciones que fluyen como evidencias avaladas en última instancia por el sentido común. La historia reciente, para los no especialistas, consiste en la interpretación ingenua de un pasado líquido, incoloro e insípido. Es aquí donde los historiadores, encargados de recordar lo que otros olvidan, pueden ejercer una importante función social, la de restablecer la conexión entre la sociedad y su pasado con el fin de dar sentido a las aparentemente insondables contradicciones del presente.

1. VÍSPERAS (1917-1929)



El contexto



1.1 Mundos que se hunden, realidades que emergen

En 1914 se produjo el derrumbe de la civilización occidental tal como se había conformado durante el siglo anterior. Ese año es una de aquellas puertas a las que tan aficionados son los historiadores para ejemplificar el paso de una época a otra. Se dice que los contemporáneos más lúcidos venían augurando una crisis global desde comienzos del siglo xx. Siempre hay agoreros, pero no se les suele hacer caso hasta que sucede lo que anunciaban y ya no hay remedio. Una civilización capitalista en lo económico, liberal en lo político, burguesa y eurocéntrica, con un desarrollo aparentemente ilimitado de las ciencias, la filosofía, la educación y las artes iba a hundirse durante cuatro interminables años en los campos enfangados de barro, metralla y sangre de lo que entonces fue la Gran Guerra y luego pasaría a ser la Primera Guerra Mundial.

Los libros de texto coinciden en el relato del crecimiento en espiral imprimido por la revolución industrial, un proceso que se inició en Gran Bretaña a finales del siglo xviii y que se extendió al resto del mundo en las décadas siguientes. Describen los avances del liberalismo político, que se expandió en forma de impulsos —1789, 1820, 1830, 1848...— a modo de ondas

concéntricas cuyo epicentro fue casi siempre París. Resaltan los descubrimientos y exploraciones de nuevas tierras, efectuados por una élite científico-técnica europea necesariamente precedida por las avanzadillas militares. Pero hace ya años que comenzó a cuestionarse que todo hubiesen sido luces en aquel proceso. El imperialismo ejercido sobre África y Asia, y sirva como ejemplo la brutal explotación de los recursos del Congo por las contratas otorgadas por el rey Leopoldo de Bélgica, demostró que la de Occidente no era necesaria ni principalmente una misión civilizadora. Los crímenes de los colonizadores presagiaban los futuros genocidios de las grandes guerras del siglo xx. Las teorías supremacistas y eugenésicas de ciertas corrientes del pensamiento científico anglosajón suministraron el combustible necesario para las ideas racistas que alcanzarían su cima moral más baja con el nazismo. Hitler no inventó nada: solo perfeccionó las técnicas de persuasión, la gestión burocrática y la eficacia para proceder a la aniquilación en masa.

Tampoco es totalmente cierto que la sociedad europea se hubiera transformado radicalmente en poco tiempo: en ella pervivían, como residuos del Antiguo Régimen, una aristocracia decadente pero aún capaz de imponer sus gustos, modas y patrones de elegancia a unos nuevos ricos ansiosos de imitarla, junto a un artesanado en retroceso que reaccionaba con virulencia contra su conversión en proletariado vinculado a la disciplina de la fábrica. Allí donde había cámaras legislativas, eran en su gran mayoría parlamentos de propietarios, con un derecho al voto restringido a hombres —solo a los hombres— que tuvieran un determinado nivel de riqueza. Si ya existía el sufragio universal, la práctica habitual era que se falseasen los resultados mediante la compra de voluntades o la manipulación de los votos emitidos. La Europa de los inicios de la segunda revolución industrial (1890) era, a pesar de la extensión de las ciudades y las fábricas, un continente donde el peso de lo rural y del campesinado todavía era muy importante.

Es cierto, en cualquier caso, que la Primera Guerra Mundial, con sus más de cuatro años de duración y sus más de diez millones de muertos, la mayor parte de ellos aniquilados por el armamento —ametralladoras, dinamita, gases tóxicos, tanques— fabricado por las pujantes industrias química y siderúrgica, hizo saltar todo en pedazos. La realidad acabó con el refugio moral de un Alfred Nobel que, en 1892 y polemizando con la esposa de uno de los impulsores del movimiento pacifista europeo, afirmó: «Quizás mis fábricas pondrán fin a la guerra incluso antes que vuestros congresos. El día en que dos cuerpos de ejército puedan aniquilarse mutuamente en un segundo, es probable que todas las naciones civilizadas se echen atrás, horrorizadas, y licencien a sus tropas». Ocurrió justo lo contrario.

«Alemania ha declarado la guerra a Rusia.— Por la tarde, escuela de natación.» Así fue cómo el escritor Franz Kafka anotó el estallido de la guerra aquel caluroso 3 de agosto de 1914. Su laconismo contrasta con el espectáculo de las muchedumbres enfervorizadas en Berlín, San Petersburgo, Londres y París, entusiasmadas con la cuenta atrás que conducía a una más que probable conflagración europea desde que el 28 de junio, en Sarajevo, capital de Bosnia, entonces provincia de la monarquía austro-húngara, un estudiante de diecisiete años, Gavrilo Princip, ejecutara contra el heredero al trono imperial uno de los atentados más chapuceros de la historia.

Durante el fin de semana del 1 al 2 de agosto, se celebraron casi dos mil bodas de urgencia en Berlín. Los estudiantes se alistaban en institutos y universidades después

Secuencia inicial de *Joyeux Noël* (2005), cuyo argumento es la tregua de Navidad de 1914 en el frente occidental. Su arranque es una demoledora crítica contra la educación chauvinista de preguerra.



de ser arengados por sus maestros y profesores. Su espíritu nacionalista había sido alimentado por los años de adoctrinamiento escolar. Los hijos de los campesinos, sin embargo, temían la guerra y sus consecuencias. Pero pocos hicieron oídos a los llamamientos de quienes se opusieron a ella, a quienes como Jean Jaurès vaticinaron una matanza entre trabajadores europeos para único beneficio de sus respectivos patronos. «El capitalismo lleva en su seno la guerra, como las nubes la tormenta», sentenció. Un nacionalista exaltado le asesinó la víspera de la declaración oficial de guerra. Al día siguiente, su partido, el socialista, se adhirió a la Unión Sagrada de toda Francia contra el enemigo alemán.

En una semana, la mayor parte de las naciones del continente, salvo las neutrales Suiza, España, Holanda, Dinamarca, Suecia y Noruega, se hallaron inmersas en un estado de guerra, aunque siguiese habiendo quien, todavía años después, no le encontraba lógica alguna:

Si hoy se pregunta, con la cabeza fría —recordaba el intelectual austriaco Stefan Zweig en *El mundo de ayer* (1940)— por qué

Europa entró en guerra en 1914, no se encontraría un solo motivo razonable. Cada Estado tenía el sentimiento de ser fuerte y olvidaba que lo era en la misma medida que su vecino. Cada uno confiaba en que, en el último minuto, el contrario cogería miedo y retrocedería; de esta forma, los diplomáticos comenzaron sus juegos de farol recíprocos, pero las grandes alianzas reforzaron sin cesar sus posiciones, militarizándose cada vez más. Finalmente, las fuerzas contenidas se

Fragmento de *Senderos de Gloria* (1957) de Stanley Kubrick. El horror de la muerte despersonalizada y masiva en la guerra mecanizada y las trincheras.



VÍSPERAS (1917-1929)

descargaron, y el pronóstico meteorológico en los Balcanes indicó que los nubarrones se aproximaban ya al resto de Europa.

Nunca se habían movilizado ejércitos tan grandes como los que se enfrentaron durante los siguientes cuatro años en los campos de Europa: ocho millones y medio de franceses, once millones de alemanes, casi ocho millones de austro-húngaros, nueve millones de británicos, doce millones de rusos, más de cinco millones y medio de italianos, cuatro millones de norteamericanos... Casi la mitad de todos los que entraron en combate murieron o resultaron heridos. El dibujante Jacques Tardi, especialista en novela gráfica sobre la Gran Guerra, dice que, si todos los muertos franceses —casi un millón y medio— hubieran podido formar en filas de a cuatro en el desfile de la victoria, habrían hecho falta «seis días y cinco noches para ver pasar por delante de nosotros al último de ellos con su faz lívida».